

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Ciclos de protestas laborales sin situaciones revolucionarias, Argentina 1958-2002.

Santella, Agustín.

Cita:

Santella, Agustín (2009). *Ciclos de protestas laborales sin situaciones revolucionarias, Argentina 1958-2002*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1256>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

CICLOS DE PROTESTAS LABORALES SIN SITUACIONES REVOLUCIONARIAS, ARGENTINA 1958-2002.

Agustín Santella

Los datos de la estadística histórica de huelgas muestran una considerable vuelta del conflicto laboral en los 80, contradiciendo la difundida idea de la declinación. Sin embargo, pocos dudarían que entre los 70 y los 80 los trabajadores perdieran considerable combatividad, del mismo modo que en 2001 vuelve a las grandes rebeliones con un filón menos combativo que el Cordobazo. ¿Por qué mayores grados de intensidad huelguística, o de protestas laborales, no se tradujeron en mayor confrontación antagonista en el sistema social? El proceso de radicalización se encuentra en la situación histórica definida como una dinámica compleja. Por ello las comparaciones de las frecuencias por período apenas corresponden al comienzo del análisis histórico. Para responderlo intentaré ubicar la dinámica de confrontación de los trabajadores dentro de la situación histórica como totalidad. Así podremos ver que una menor intensidad huelguística (medida por cantidad de huelguistas sobre población asalariada) se relaciona de distinta manera con la intensificación de la confrontación entre las clases.

En este texto propongo realizar una contribución al estudio de largo plazo de las protestas laborales en la Argentina. Una serie de preguntas se vinculan con este objetivo: ¿Cuáles han sido las modificaciones más importantes en la protesta de los trabajadores en la Argentina desde los años 50 al presente? ¿Cómo se han dado las dinámicas de radicalización o canalización de la protesta obrera? ¿Representaron los distintos ciclos de luchas momentos de situaciones revolucionarias? En relación con estas preguntas, esbozaré un análisis comparativo de los principales ciclos de protesta de los años 50 a la actualidad, un análisis de carácter preliminar dirigido a construir futuras contrastaciones. La validez de este ejercicio es tanto historiográfico como teórico sociológico.

Una comparación cuantitativa

McGuire y Ghigliani identificaron las limitaciones de la estadística de los conflictos laborales en la Argentina. Las series históricas disponibles no han tenido extensión nacional, han abarcado períodos sin continuidad en el tiempo, se han construido con unidades de registro diferentes, las pocas variables que se han registrado de las huelgas y los conflictos no han posibilitado determinar sus causas y resultados.¹ Paliando parcialmente esta situación, Korzeniewicz ha contabilizado las protestas laborales en Argentina entre 1906 y 1990.² Por protesta laboral registró las distintas formas de acción de trabajadores (ocupados o desocupados). Esto es, no sólo las huelgas fueron registradas. El resultado de esta serie permitió ubicar las principales olas de protesta, a partir de los años que mostraron frecuencias simples mayores.

Cuadro I. Olas de protesta laboral 1911-1990

Años de olas	Principales olas
1912	1912
1918	1918
1919	
1929	
1932	
1937	
1945	
1946	
1951	1951
1957	1957
1958	1958
1969	1969
1972	
1975	1975

Fuente: Korzeniewicz 1995.

Como muestra el cuadro, después de 1912 y 1918, se señalan distintos años pico entre los años 50 y los 70. Pero es en la gráfica de las frecuencias en el tiempo que se destaca claramente el año 1958 como un pico máximo, y se ubican 1969-1975 detrás de aquel año con casi la mitad de las protestas contabilizadas. Bastantes menos son las protestas

¹ McGuire, J. W., "Strikes in Argentina: data sources and recent trends", *Latin American Research Review*, 31: 3, 1996, pp. 127-150; Ghigliani, P., "Acerca de los estudios cuantitativos sobre conflictos laborales (1973-2008): reflexiones sobre sus premisas metodológicas", *I Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos*, Mar del Plata, 2008.

² Korzeniewicz, R. P., "Labor unrest in Argentina, 1906-90", *Review*, XVIII, 1995, pp. 105-16.

posteriores. Pero si comparamos la intensidad huelguística de la ola de 1958 con los años 80, vemos una recuperación de la conflictividad laboral que no se evidenciaba en los datos anteriores. A pesar de las limitaciones señaladas por Ghigliani en la estadística de huelgas, hemos compilado las distintas fuentes, para períodos distintos, que corresponden a los años de las olas de protesta.

Cuadro II. Huelgas, huelguistas y fuerza laboral ocupada por bienios pico.

Bienios pico	Huelgas y paralizaciones del trabajo	Huelguistas	Trabajadores Asalariados
1958-1959 (1)	129 (1)	1.688.443 (1,3)	5.217.333 (censo 60)
1974-1975	2657 (543 en Capital Federal 1974)	271.697 (Capital Federal 1974)	6.377.796 (censo 70)
1976-1977	198	620.804	7.142.278 (censo 80)
1979-1980	389	308.057 (2-3)	7.142.278 (censo 80)
1986-1987	1052	17.227.447 (3)	6.949.832

Fuente: (1) Datos sólo para Capital Federal, en los restantes bienios para todo el país. (2): no incluye 1.605.100 trabajadores de la huelga general del 27 de abril de 1979. (3): No se contabilizan las huelgas generales. Datos tomados de Fernández, A. *Las prácticas sociales del sindicalismo, 1976-1982*, Buenos Aires, CEAL, 1985; Zapata, F., *Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano*, FCE, México, 1993; McGuire, J., *Peronism without Perón: Unions, parties and democracy in Argentina*, Standford: Standford University Press, 1997; Pegoraro, J., "Los conflictos laborales, 1973-1976", *Cuadernos de Marcha*, 2, 1979, pp. 89-98.

Como se puede ver en los Cuadros II y en McGuire³, la actividad huelguística de los años 80 y primeros 90 es históricamente significativa, si la comparamos con el pico de los años 50. Sobre el período posterior encontramos menos significativa la comparación huelguística. Como establece la bibliografía especializada, diversos procesos modificaron el panorama de las protestas y luchas de los trabajadores. La protesta laboral no dejó de darse en los años 90 pero la forma huelguística dejó de predominar, incorporándose los cortes de rutas y las manifestaciones en su lugar. En su mayor parte, estas formas de lucha fueron organizadas por instancias sindicales, pero con un importante cambio en los sectores laborales movilizados y sus demandas. Los trabajadores públicos (docentes y empleados estatales), de transportes y otros servicios públicos pasarán a protagonizar el proceso, en vez de los trabajadores de la industria manufacturera. Con las manifestaciones y cortes de ruta emergerán los trabajadores desocupados. Desde mitad de los 80 los trabajadores

³ McGuire, J., *Peronism without Perón*, p. 239.

estatales comienzan a protagonizar más huelgas que los privados, aunque esta tendencia se incrementa hacia los 90. Luego del ciclo de protestas del año 2001, en 2004 y 2005 se observa una vuelta al uso de la huelga como medio principal del conflicto laboral⁴. No obstante, en base a los datos del Ministerio de Trabajo se puede constatar que la intensidad huelguística es significativamente menor que la de los períodos previos. En 2006 la cantidad de huelguistas y las jornadas no trabajadas, son menores a cualquiera de los años 80 y primeros 90 (incluyendo 1993). En las estadísticas de la protesta social de los años 90 no se registran la cantidad de personas que participaron de las acciones, haciendo imposible su comparación con los movimientos huelguísticos.

Comparaciones cualitativas de los ciclos de protestas

El apartado anterior plantea la posibilidad de que no haya una relación directa entre mayores frecuencias de protestas y mayores grados de confrontación entre las clases y grupos en el sistema social y político. Es el caso de la significativa actividad huelguística de los años 80. Pero también de la conflictividad del ciclo de protestas de 1969-1975, posiblemente de menor frecuencia de acciones que el pico de los años 1958-1959.

A la luz de este panorama, generalmente se considera que en los años 70 la conflictividad se radicaliza pronunciadamente a partir de los eventos de 1969 en Córdoba abriendo una situación revolucionaria nacional. Luego de una década de hegemonía menemista, la sublevación social del 2001 vino a romper el consenso de la desaparición de las protestas. Algunos autores sugieren un paralelo con 1969 en términos de una insurrección popular, o han presentado las luchas sociales como beligerancia popular⁵. Si bien en todos estos casos identificamos ciclos de protestas, las diferencias son notables en torno al proceso de radicalización, o el grado de enfrentamiento.

La bibliografía Marxista ha tratado extensamente estos momentos de disrupción popular, pero no ha establecido criterios la relación entre ciclos de protesta y las situaciones

⁴ Etchemendy, S. y Collier, R. B., "Down but not out: union resurgence and segmented corporatism in Argentina", *Politics and Society*, Vol. 35, No. 3, 2007, pp. 363-401.

⁵ Para insurrección, Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M.C., "La insurrección espontánea. Argentina diciembre 2001. Descripción, periodización, conceptualización", *PIMSA. Documentos y Comunicaciones 2003*, Buenos Aires: PIMSA, 2004, pp. 201-308, Bonnet, A., *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*, Prometeo, Buenos Aires, 2008, conclusiones. Para beligerancia, Auyero (2002), "Los cambios en el repertorio de la protesta social en la Argentina", *Desarrollo Económico*, vol. 42, No. 166, Buenos Aires, 2002.

revolucionarias. Las discusiones sociológicas e históricas sobre las revoluciones han demostrado la dificultad de su definición. En el mismo sentido, se encuentra la cuestión de relacionar ciclos empíricamente identificables de protestas con los procesos de incremento de los enfrentamientos entre las clases y la emergencia de situaciones revolucionarias.

Dado el carácter preliminar y limitado de este ensayo, opto por desarrollar este problema mediante un relato conceptual. Los conceptos fundamentales de este análisis histórico surgen de la relación entre los ciclos de protesta y las situaciones revolucionarias. Me interesa sostener que *en la Argentina ninguno de estos ciclos de protestas se desarrolló en una situación revolucionaria, si bien en el tramo del Cordobazo (1969-1975) la situación fuera más aproximada*. En esta ponencia no discuto las situaciones revolucionarias desde un modelo normativo ideal de las revoluciones. En contrario, el concepto de situación revolucionaria destaca las relaciones de poder entre grupos y clases, en base a la ocurrencia de ciertas condiciones comprobables empíricamente.

¿Por qué los importantes ciclos de radicalización obreras (que giran en torno a 1958 y 1969-1975), o protesta popular (nos referimos a 2001) no se pueden identificar con situaciones revolucionarias? Veamos, en primer lugar, la definición extendida de ciclos de protesta. Tarrow ha definido *ciclos de protesta*, ampliando la definición empírico-operacional extendida⁶. Los ciclos de protesta son momentos en que se incrementa la conflictividad en el sistema social, se extiende geográfica y entre los sectores sociales, aparecen nuevos movimientos, repertorios de acción y la creación de nuevos marcos de significado⁷. Quienes protestan eligen como realizar un reclamo a partir de que lo que históricamente han aprendido, entre un conjunto limitado de opciones culturalmente sancionadas. Las formas de acción refieren a tipos objetivos pero también a modos de expresiones subjetivas, interpretables por tanto de acuerdo a marcos de significado.

Tarrow define al ciclo de protesta como un incremento de la conflictividad dentro del sistema social. Sin embargo, en su aplicación el desarrollo del ciclo se atiene al estudio de los repertorios de acción popular, más que al proceso del conflicto dentro del sistema

⁶ Tarrow, S., "Cycles of collective action: between moments of madness and the repertoire of contention", *Social Science History*, Vol. 17, No. 2, 1993, pp. 281-307. Para la definición restringida, ver Franzosi, R., (1996), *The puzzle of strikes. Class and state strategies in postwar Italy*, Cambridge: Cambridge University Press, o Silver, B., (2005), *Fuerzas del trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*, Madrid: Akal.

⁷ Tarrow, "Cycles of collective action", p. 284.

social. El enfoque sobre el conflicto en el sistema presupone que el eje de la problemática se traslada a la dinámica de transformación del sistema, no solo de los movimientos sociales. Este nuevo problema es visto más de cerca por el concepto de situación revolucionaria. En la conceptualización de Tilly, la situación revolucionaria remite a un momento de la confrontación en que los grupos en pugna desencadenan una lucha directa por el poder político, creando una dualidad del poder. A partir de las críticas surgidas en la bibliografía específica, podemos señalar que, a falta de una referencia más clara con los sistemas sociales, la situación revolucionaria corre el riesgo de limitarse a los cambios políticos institucionales, sin relación con la lucha por el poder social, proceso que conecta al proceso político con la formación de las clases.

Entonces ¿Cómo se relacionan los ciclos de protesta con las situaciones revolucionarias? El nexa entre ambos fenómenos parte del hecho de que las revoluciones, como han postulado los Marxistas, se basa en la actividad política extraordinaria de las masas. Según Portantiero, “es a partir del Cordobazo que la lectura de la crisis puede caracterizarse legítimamente no sólo en términos de los conflictos en el interior de las clases dominantes, sino también como “situación revolucionaria” en la definición leninista: cuando las masas son empujadas “a una acción histórica independiente”⁸. Empero, como hemos visto al comienzo, no toda activación extraordinaria de las masas conduce a una situación revolucionaria. La movilización popular debe traducirse en una transformación tal de las relaciones de poder que el desarrollo de la lucha enfrente dos poderes entre sí y por el control del estado. El desenlace de esta lucha depende de las relaciones de fuerza por las cuales los grupos contendientes logran o mantienen el apoyo de la población dividida (clases y grupos). Esta lucha implica la confrontación de grupos contendientes por el poder (partidos) que, apoyados en las clases sociales, se proponen la derrota estratégica de su adversario. Como ha señalado Wickham-Crowley, este desenlace de lucha depende de una relación entre las fuerzas políticas insurgentes y las características de los regímenes políticos, y su relación con el apoyo externo e interno en la población⁹.

Argentina 1958-1969-2001.

⁸ Portantiero, J. C., “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”, en Braun, O. (Comp.), *El capitalismo argentino en crisis*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973, p. 94.

⁹ Wickham-Crowley, T. P., *Guerrillas & revolution in Latin America. A comparative study of insurgents and regimes since 1956*, Princeton University Press, Princeton, 1992.

Tanto en 1958, 1969 o 2001 las luchas se configuraron en ciclos de protestas, en los múltiples sentidos definidos por Tarrow. Ahora bien, estos ciclos dieron lugares a diferentes configuraciones en las luchas por el poder.

Para entender las luchas entre las clases en Argentina es necesario partir del proceso por el cual los grupos dominantes intentaron excluir o subordinar la fuerza de la clase trabajadora, una vez desplazado el peronismo del gobierno en 1955. Es en este contexto de proscripción política del peronismo que sucede una de las principales olas de protesta laboral en el país. Tratándose de uno de los temas más recurridos por las ciencias sociales, partimos del conocimiento de estos procesos. Antes de 1955 los grupos dominantes rechazaron la vinculación de representación obrera con el peronismo, a quien enfrentaron como un movimiento “profundamente autoritario y antidemocrático”. En este contexto, las luchas entre capitalistas y trabajadores por el control de los ritmos de producción y la distribución del ingreso se conectaron directamente con las luchas políticas entre peronismo y anti peronismo. Esta lucha alineó distintos contenidos ideológicos y culturales, que enfrentaron lo nacional y popular de lo democrático, oponiendo de hecho dos modelos de ciudadanía (social y política). El gobierno militar apoyó a la lucha de los capitalistas por el incremento de la explotación en el terreno de las políticas económicas y en el proceso productivo directo (promoviendo las políticas de “racionalización de la producción”), y al mismo tiempo desplegó una represión directa contra los sindicatos y la CGT (interviniendo la estructura sindical, ilegalizando y desplazando a los peronistas, a favor de los “dirigentes democráticos”, radicales o socialistas, no así a los comunistas quienes se alinearon con los peronistas). Las políticas económicas se propusieron la “modernización” y el “desarrollo económico” a través del incentivo de la inversión de capital extranjera, y el acercamiento a los fondos de capital internacionales (como el Fondo Monetario Internacional). El incremento de la productividad laboral interna, era una vía perseguida por la “racionalización” de la producción, al mismo tiempo que la inversión tecnológica externa. Esta dinámica de lucha económica, que opuso la estrategia de incremento de productividad como vía de rentabilidad capitalista, a la resistencia en el lugar de trabajo y la movilización nacional en defensa del salario obrero, se mantuvo como línea de enfrentamiento durante los 50 y 60 en una puja de fuerzas constante, volcada claramente a favor del capital solo a

partir del proceso represivo a una escala históricamente mayor desde 1976, y luego en los años 90.

Desde el golpe militar de 1955 comenzó una larga resistencia al régimen “democrático” antiperonista. Las protestas de masas de los trabajadores, y las formas de acción directa violentas se sucedieron durante los años posteriores al derrocamiento de Perón, constituyendo una situación de ingobernabilidad recurrente. Los dirigentes de los partidos no peronistas intentaron una vía intermedia de negociación con Perón y los sindicatos. El proceso electoral de 1958 con el que asumió Frondizi se realizó con la promesa de la legalización sindical a cambio de los votos de las masas peronistas, transacción que Frondizi dilató, pero además como parte de una retórica que combinaba el desarrollismo con lo nacional y popular.

A la frustración respecto sus promesas, se configuró una situación en que la lucha político sindical confluyó con la disputa en el marco del ciclo económico. Las formas de protesta obrera mantuvieron su radicalidad. A largo de casi un año se sucedieron las huelgas por rama en casi toda la economía, conjuntamente con manifestaciones beligerantes, enfrentamientos callejeros, colocación de explosivos por parte de comandos peronistas, represión policial selectiva a comunistas y peronistas. El pico de confrontación vino con la resistencia obrera a la privatización del Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre. En enero el establecimiento fue tomado por los obreros. El gobierno los desalojó mediante la represión, lo que detonó una huelga general de solidaridad, acompañada por las 62 organizaciones sindicales, que la declararon por tiempo indefinido. A pesar del considerable grado de enfrentamiento con el gobierno, la dirección sindical de las 62 organizaciones no rompió las tratativas con el mismo, en la búsqueda un cese a las intervenciones gremiales. El año 1959 incrementará la intensidad huelguística, aunque en un contexto defensivo determinado por la derrota de la huelga general de enero y una fase recesiva de la economía.

Una serie de rasgos adquirirán una significación particular cuando comparemos situaciones históricas. Las líneas de confrontación entre trabajadores y gobierno, apoyado por las clases capitalistas, se incrementaron debido a la confluencia de las luchas políticas y económicas, catalizadas durante 1959 por el ciclo económico descendente. Las relaciones sindicatos y gobierno, sin embargo, eran de una negociación conflictiva, que oscilaba entre

la contención de la protesta y la convocatoria de huelgas generales nacionales o por rama. Las acciones contuvieron un grado considerable de confrontación violenta y represiva. Al mismo tiempo, regían las leyes represivas contra el comunismo, que permitían las detenciones, así como diversos estados de sitios aplicados contra dirigentes sindicales. Las líneas de negociación permitían afirmar esferas de reincorporación de la estructura sindical en el sistema institucional del estado. Este proceso de reconocimiento institucional era obstaculizado por la misma lucha de clases, pero también por la falta de reconocimiento político del peronismo.

Por otro lado, todavía en 1959 la protesta expresaba un carácter predominantemente obrero. Sus luchas, mediadas por la cuestión sindical y peronista, iniciaban contradictoriamente la confluencia con las “clases medias”, con intentos de acercamientos de los intelectuales y estudiantes al movimiento obrero, que entre 1969 y 1973 adquirirán una forma concreta de “unidad obrero estudiantil” en las calles, y posteriormente en la súbita “peronización” de sectores medios. Bajo el programa modernización y desarrollista de Frondizi se albergaron las expectativas de la intelectualidad progresista. Los mismos sectores que una década más tarde se politizarán intensamente en un sentido revolucionario y popular, estaban experimentando su crisis con el anti peronismo elitista de la coalición de 1955¹⁰.

El Cordobazo de 1969 emerge de una situación de importante retroceso de los conflictos colectivos en 1967 y 1968. Pero la radicalidad de los enfrentamientos obedece a la confluencia de distintos tipos de contradicciones. Continuando con la línea comparativa de 1959, el Onganiato había enajenado a las clases medias ilustradas a base de una continúa política represiva moralizante y reaccionaria. La “Revolución Argentina” se había enfrentado con el conjunto de la estructura sindical, uniendo en la oposición común a los sectores negociadores y los sectores combativos del peronismo sindical, y estos a su vez con los sectores clasistas de la izquierda. La proscripción peronista, la represión continúa a obreros, estudiantes e intelectuales, el programa de racionalización productiva, la política económica de apoyo a los grandes capitalistas industriales del sector “moderno”

¹⁰ En este ciclo de protesta, hay que mencionar como indicador de radicalización el hecho de que entre 1958 y 1961 se discutiera la perspectiva de la “huelga general insurreccional o revolucionaria” como parte de los repertorios de protesta. Esta discusión fue impulsada por John William Cooke en sus intercambios epistolares con Perón, entre otras fuentes.

contribuyeron a la conformación de una amplia coalición galvanizada en los sucesos de la rebelión social de las principales ciudades del interior industrial (Rosario y Córdoba).

La radicalización de la nueva generación de estudiantes y trabajadores estuvo profundamente influida por los procesos insurreccionales y guerrilleros a nivel mundial. Sin embargo, es necesario ver hasta qué punto este proceso de radicalización cortó transversalmente a distintos sectores de clase de forma desigual, para entender las limitaciones del alcance de las nuevas ideologías revolucionarias en la clase trabajadora. Los sucesos de Córdoba instalarán un nuevo repertorio de acciones armadas como medio político de protesta democrático popular, y como vía estratégica revolucionaria. Ambos sentidos deben ser distinguidos ya que esta confluencia tendrá vigencia en el primer tramo de lucha armada (1970-1972) y no en el segundo tramo (1973-1976). Las luchas armadas de vanguardia confluirán en el primer tramo con formas de violencia espontánea de masas, y con una amplia coalición social política que se enfrentará al gobierno militar. Sin embargo, la respuesta de los grupos dominantes constará de un repliegue estratégico y una adaptación frente a la nueva coyuntura que conseguirá dividir a los distintos sectores de esta amplia coalición. Desde 1970 se reabren las líneas de negociación con las organizaciones sindicales, siempre de carácter conflictivo, pero nuevamente institucionalizadas. Sobre esta base se firmará el Pacto Social en 1972 con las patronales y el gobierno, que finalmente se implementará en 1973 y fracasará definitivamente con la movilización de las bases en 1975. En un tiempo distinto, debido al conflicto que tenía también con la estructura sindical vandorista, primero Perón apoyará la tendencia insurreccional que surge de 1969, hasta que consigue reinstalarse como interlocutor, y retorna como garante del régimen institucional.

La radicalización de los enfrentamientos violentos populares distingue a 1969 de 1959. Tanto en las revueltas de masas como en la formación de grupos organizados, se visualiza el incremento del enfrentamiento con las fuerzas del régimen. Es por ello que para distintos autores, no sólo Marxistas, comienza aquí un período de militarización de la política. En este contexto, los sucesos de 1969 son interpretados por los grupos revolucionarios como una situación que legitima la acción insurgente armada contra el estado, tomando el camino de las revoluciones producto de procesos de guerras populares. En este sentido, en el ciclo de protestas de 1969 se observa la conformación de grupos insurgentes, con cierto grado de

preparación estratégica e inserción social, que no observamos en 1959, y un contexto político favorable al inicio de la lucha armada insurgente. Ahora bien, esta situación no se desarrollará como situación revolucionaria por una serie de razones.

Wickham-Crowley define las situaciones revolucionarias en América Latina en términos comparativos. Estas se observan en la conformación de la dualidad de poderes. Este tipo de situación surge de regímenes débiles, definidos por su incapacidad de representar y apoyarse en las clases dominantes y medias. Del lado insurgente, con la formación de una coalición social amplia en la que la lucha revolucionaria. La relación de fuerzas militares se corresponderá con estas relaciones de fuerzas sociales y políticas.

Utilizando este análisis en la Argentina, en 1969 vemos que una vanguardia insurgente acoplará campañas relativamente exitosas de propaganda armada, suscitando un apoyo desigual en las clases trabajadoras y clases medias (estudiantes e intelectuales). Pero al mismo tiempo que se desarrolla la lucha armada, avanza una línea de consolidación del régimen en torno a realineamientos de fuerzas. El régimen recompone los lazos con los sindicatos, con el empresariado medio y agrario, anteriormente marginados de las políticas de Onganía-Krieger Vasena. Esta relación de fuerzas que atraviesa grupos y clases principales a nivel social y político, se expresará en el terreno militar. En los momentos de enfrentamientos directos entre insurgentes guerrilleros y fuerzas del régimen (desde 1974 y 1975) los revolucionarios habían perdido la lucha por el apoyo político de las masas a la estrategia político militar.

Este viraje es de los puntos más delicados del análisis del ciclo de protestas y luchas de 1969 a 1975. La acción insurgente armada pasará de oficiar el papel representativo de una amplia coalición a principios de los 70, a su aislamiento político y exterminio militar hacia mediados y finales de los 70. Esto es oscurecido por el camino ascendente de las protestas obreras y populares en el transcurso del ciclo¹¹. Sin embargo, es posible diferenciar cursos de acción distintos entre el repertorio de la protesta laboral, que progresivamente vuelve al canal de la lucha económica, y el de la lucha armada, que se incorpora en una dialéctica de guerra contra el régimen, pero separada de la lucha económica obrera, enmarcada en una

¹¹ La tesis marxista de la guerra civil postulaba la lucha armada como continuidad de las luchas populares, ver Petras J., "Building a popular army in Argentina", *New Left Review*, No. 171, pp. 45-55, y ver siguiente nota.

dialéctica interna al Pacto Social¹². En términos de grupos y clases, mientras que de un lado la mayoría de la clase trabajadora se expresará en la protesta laboral, e institucionalmente en la relación entre sindicatos y gobiernos, por otro lado, grupos obreros que no se convierten en mayoría organizativa, en alianza con la radicalización estudiantil e intelectual, serán la base social de las fuerzas insurgentes. A diferencia de la mayoría de los análisis Marxistas, sostenemos que del Cordobazo de 1969 no se configuró una situación revolucionaria a partir del análisis de las relaciones de poder entre las clases, y la relación del régimen con las mismas. En comparación con 1959, 1969 contiene grupos que librarán la lucha revolucionaria por el poder. Sin embargo, la base social de esta lucha no se extendió desde limitadas bases sociales, para constituirse en una dualidad de poderes. De este modo, cuando el desarrollo militar insurgente pasó de la “propaganda armada” a enfrentamientos directos con las fuerzas armadas, se produjeron derrotas militares de las fuerzas guerrilleras, ya que estos enfrentamientos militares se dieron en una relación desigual de fuerzas políticas respecto al régimen y las clases dominantes, y así como con respecto a las fuerzas conservadoras en el movimiento obrero. En este sentido, parafraseando al Lenin de *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, la vanguardia libró un enfrentamiento directo con el estado sin el respaldo de las masas¹³.

La historiografía y la sociología Marxista se ha concentrado en demostrar la profunda trama de solidaridad entre trabajadores e insurgentes revolucionarios. Sin embargo, la solidaridad en las protestas sociales de los trabajadores, debe diferenciarse de la solidaridad activa en la movilización militar que suponía la estrategia del armamento popular (mayormente expresadas en las tesis de la guerra popular prolongada). Como sobradamente ha señalado la bibliografía, el retorno peronista introdujo un viraje que dividió a la clase trabajadora no sólo en torno a simpatías morales y políticas entre distintos sectores de experiencias, sino también en una lucha organizada interna en las fábricas entre los organizadores sindicales y los militantes clasistas y revolucionarios, lucha en la cual el

¹² Para Marín en la “guerra civil” se enfrentaron a dos fuerzas sociales (fuerzas del régimen contra fuerzas del pueblo). En este análisis no se tienen en cuenta las diferencias entre una acción de masas violenta (como la ocupación de fábricas o el enfrentamiento contra la policía en manifestaciones) y las acciones armadas de los grupos organizados revolucionarios. Por lo tanto, se asume que las bases de los movimientos sociales (los trabajadores que son movilizados en una huelga) participaron de la guerra civil contra las fuerzas del estado, en igual medida que lo hacen las fuerzas insurgentes. Ver Marín, J. C., *Los hechos armados*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1996.

¹³ Para esta separación entre organizaciones y movimientos, Tarrow, S., *Democracy and disorder. Protest and politics in Italy 1965-1975*, Clarendon Press, Oxford, 1989.

movimiento sindical (desde la CGT, la UOM, el SMATA, como ejemplos significativos) ofició como trincheras militares defensivas del régimen en la sociedad civil. Lo que ha sido menos estudiado es cómo estas trincheras funcionaron como parte de una movilización cultural, económica y política en la cual los sindicatos recuperaron, entre 1970 y 1975, posiciones dentro y fuera del sistema político, provocando a su vez un doble resultado, la contención revolucionaria, pero también la prolongación sin resolución de la crisis de dominación.

Después del Cordobazo son los sucesos de diciembre de 2001 los que permiten identificar un ciclo posterior de envergaduras comparables. Aquí, a diferencia de 1969 y 1959, tuvo como determinante una crisis económica del tipo más clásico (recesión prolongada, crisis del patrón dinerario, alta desocupación). En contraste, las sublevaciones anteriores analizadas no son resultado de este tipo de crisis económicas. Ambas representan momentos de desarrollo capitalista productivo, con una ampliación de la clase trabajadora. En los 50 y 60s, los ciclos de protesta surgen de luchas por la apropiación del excedente económico entre capital y trabajo, a diferencia del tipo de explosiones populares explicadas por el empobrecimiento absoluto. En este sentido, ni 1959 ni 1969 son resultado de la crisis económica, sino que al revés.

Además de los factores económicos y político institucionales, la consideración del 2001 nos introduce en los cambios histórico culturales. El contexto mundial posterior a 1989 introdujo nuevas coordenadas en la proyección ideológica de las luchas populares. Los marcos interpretativos constituidos en las confrontaciones variaron significativamente (aunque quizás no completamente) de los patrones históricos del siglo XX.

La investigación académica todavía está en ciernes, y los hechos en cierta manera todavía están frescos. Una mayor parte de sociólogos Marxistas y no Marxistas, explican la protesta popular, influidos por la idea de que la etapa actual capitalismo produce una masa marginal incapaz de ser contenida dentro del sistema institucional. Es lo que Svampa ha denominado las sociologías de la descomposición social¹⁴. Así el empobrecimiento vuelve a contarse entre los determinantes, si bien la tesis de la masa marginal se complementa con la idea de los organizadores de la protesta.

¹⁴ Svampa, M. *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*, Siglo XXI, CLACSO, Buenos Aires, 2008.

Una versión más dialéctica e histórica afirmó que las resistencias de los asalariados, ocupados y desocupados, pusieron una limitación al programa neoliberal de inserción competitiva del capitalismo argentino en el mercado mundial. Las luchas del trabajo dentro del capitalismo, históricamente determinado en este tipo de dinámica abierta en los 90, hicieron que estallaran sus contradicciones internas y pusieron fin a la década de la hegemonía menemista¹⁵.

Tanto Iñigo Carrera como Bonnet identifican en diciembre de 2001 una “insurrección”, que tampoco llevó a una situación revolucionaria. En ambos casos, amplias coaliciones de alianzas de clases y solidaridad se conformaron en contra del gobierno. De hecho esto ocasionó la caída de los gobiernos, en el 2001 en forma inmediata, en 1969 de forma mediata. Sin embargo, en 2001 la movilización popular se dirigió contra el personal de gobierno y no contra la forma del régimen democrático, ni la composición fundamental del poder social en el estado, aunque sí en relación a la aplicación de políticas específicas de estado. En 2001 no hubo ningún grupo o clase social que orientara la movilización popular en la lucha por el poder político. Ni aún menos, por definición el desarrollo de formas de dualidad de poder en el seno del sistema social, un proceso que define a la situación revolucionaria. La diferencia más contrastante con los anteriores ciclos de protesta de 1959 y 1969 hace a las transformaciones estructurales del capitalismo en el mediano y largo plazo. En el transcurso de 1969 a 2001 se modificó la composición social de la clase trabajadora, mediante los procesos de incremento de productividad laboral la industria manufacturera pasó de polo de absorción a expulsión de fuerza de trabajo, que en las nuevas generaciones se incorporó a sectores capitalistas no manufactureros, el empleo estatal y la desocupación. Esta combinación estructural, *más la experiencia histórica* de los resultados de los ciclos anteriores actuó sobre el presente, determinaron un cambio notable en la composición y el liderazgo interno de la protesta laboral. Los trabajadores de las manufacturas que lideraron la protesta laboral (en 1959 los metalúrgicos, y en 1969 los automotrices), se mantuvieron desmovilizados en el 2001, siendo éste protagonizado por los trabajadores docentes y estatales, y los desocupados organizados durante las luchas de los 90, en la coalición con las clases medias. La división entre estos trabajadores y clases medias puso fin hacia 2003 al ciclo de protestas identificado con el 2001, cierre

¹⁵ Bonnet, A., *La hegemonía menemista*.

determinado por la combinación de represión, participación institucional de un sector de los movimientos de desocupados y los efectos del ciclo económico sobre el mercado de trabajo.

La rebelión de 2001 introdujo una manera específica en que los sujetos confrontados significaron estos acontecimientos. A la crisis institucional se opusieron sentidos populares y sociales de lo democrático y lo nacional, una *movilización heterogénea* que buscó restablecer la relación entre derechos sociales y ciudadanos. Vinculado a ello, se producían modificaciones en la composición moral de clase (una categoría distinta de la composición técnica y política).

Conclusiones provisionarias

En lo anterior hemos establecido una hipótesis en cierto modo negativa común a los distintos ciclos de protesta. La idea de que ciertas “insurrecciones” no equivalieron a situaciones revolucionarias nos permitió avanzar sobre el nexo entre ciclos de protestas y transformación del sistema social. Una exposición incompleta de esta aproximación sin embargo presentaría una imagen negativa y limitada sobre los efectos transformativos de los ciclos de protesta. Aunque discrepemos sobre el Cordobazo como inicio de la situación revolucionaria de guerra civil, más o menos común en la bibliografía Marxista, podemos sostener que los ciclos de protesta trajeron cambios sobre la dinámica del sistema capitalista y el régimen político, pero también en las culturas políticas populares. Tanto en 1959 como en 1969, los trabajadores impidieron el pasaje a una nueva forma de acumulación intensiva de capital, a pesar de las estrategias de modernización y racionalización. La represión genocida de 1976-1983 tiende a oscurecer los efectos positivos de la resistencia laboral. A lo largo de décadas la resistencia laboral colocó un límite a la rentabilidad del capital y a la exclusión política, mediante la cual la clase trabajadora preservó durante el transcurso de esta lucha, los derechos democráticos de ciudadanía adquiridos en el avance de los años 1945-1955. Las protestas laborales adquirieron históricamente un sentido social y políticamente democrático, y la posibilidad de futuras transformaciones del sistema social.